EL EGIPTO HACE TRES MIL AÑOS

En la historia hay cuestiones, ó por mejor decir problemas, que siempre han picado mi curiosidad de hombre ignorante. De los anales humanos sé lo que todo el mundo sabe; pero quisiera saber más que todo el mundo y tener la intuición de las edades antiguas, porque nada hay más irritante que los eternos enigmas que el pasado nos ofrece. Por eso la gran figura de Juana de Arco es un tormento para mí; no puedo comprender á aquella joven, y todos los que han pretendido comprenderla han acabado por dar en puras explicaciones poéticas y literarias. Esa figura está muda delante de mis ojos, envuelta en toda la realidad de la historia y en todo lo maravilloso de la leyenda; irrita mi razón y exaspera mi curiosidad.

Más lejos, en las edades, se levanta otra gran figura, la de todo un pueblo, dormido hoy en el silencio del desierto. Esta figura, cada vez que ha surgido en mi imaginación, ha despertado mis deseos de ciencia sin satisfacerlos nunca, y en mi cerebro ha quedado grabada su imagen velada, inmóvil y sonriendo misteriosamente, con un dedo puesto sobre los labios. El Egipto es uno de los enigmas de lo pasado cuya clave busco con desesperación. Sé que nuestros sabios y nuestros moralistas pretenden haber descorrido los velos de la diosa y habérnosla presentado real y viva. Desconfío mucho de los novelistas, porque soy colega de ellos y sé las licencias que nos permitimos en materia de descripción; temo á los sabios, porque no se ponen de acuerdo y zarandean mi fe y mi razón en todos sentidos.

He leído narraciones de poeta acerca de esta tierra hoy silenciosa, y me he dicho con cierta desconfianza que aquellas bellas páginas son demasiado atildadas y demasiado poéticas; he hojeado obras llenas de erudición, serias y graves, que interpretan y traducen los monumentos y las inscripciones, y me he dicho con

no menos desconfianza que aquello es la letra muerta, el cadáver disecado é irreconocible del Egipto. Lo que no puedo averiguar es precisamente lo que más deseo conocer: la fisonomía, el grado exacto de civilización, las verdaderas costumbres de aquel pueblo tan afinado y tan enfermo ya de ciencia y de progreso, á los primeros pasos de la humanidad. Para mí es indudable que no lo vemos claramente; que lo haremos demasiado grande y demasiado pequeño á un tiempo mismo. Lo pasado siempre aparece á nuestra vista deformado. El Egipto de los novelistas y el de los sabios deben de ser Egiptos convencionales.

Pensaba yo estas cosas, cuando en estos últimos días M. Fernando de Lanoye ha tenido á bien enviarme las pruebas de un librito que va á publicar acerca de Ramsés el Grande. El referido escritor ha tomado á este conquistador como tipo del poder egipcio, y ha hecho de su historia la del Egipto en su época de grandeza y de poder. La obra es pequeña, pero me ha parecido grande por la conciencia y el buen sentido con que está escrita. El autor parece tener las mismas dudas que yo acerca de la fe que se debe prestar á las palabras de los

sabios y de los poetas; los primeros son comentadores demasiado hábiles que obligan á las piedras á hablar hasta cuando ellas quieren guardar silencio; los segundos son gentes descabelladas que crean, para mayor regocijo del público, un Egipto de fantasía, á propósito para meterlo en un fanal. M. de Lanoye es escéptico, duda de las personas graves y de las alegres, quiere tocar con su propia mano las verdades, y se arriesga con prudencia, dando vida únicamente á las cosas que á él le parece que han vivido: semejante escéptico es el hombre que yo necesito, y me siento muy inclinado á admitir como bueno su Egipto y sus egipcianos.

Lo que me ha hecho tener más confianza en él, es el desahogo con que trata á los sabios epigrafistas, á los que leen toda la historia en los muros viejos. Ciertamente que sin las inscripciones sabríamos muy poco á cerca del Egipto; los contados detalles seguros que conocemos, los debemos á esos vastos manuscritos de piedra que el sol y la lluvia no han podido deshacer. Pero hay un escollo en la lectura de esos libros abiertos al aire libre: las frases son cortas y dejan amplias márgenes á

los comentarios; además, no encierran la historia entera; la que ofrecen es la artificial, muy pomposa, muy embrollada, y llena de frecuentes contradicciones. El historiador que quiera leerlo todo, interpretarlo y coordinarlo, incurrirá, inevitablemente en errores enormes y groseros. Documentos no faltan; pero se hallan en muy mal estado; se leen mal y se comprenden peor. Por eso M. Ampère, queriendo conciliar todo lo que ha descifrado, ha dicho que no había razas entre los egipcios. Parece que esto sea blasfemar. Y todo, porque los muros han mentido, porque han sido mal leídos, sin duda, ó mal interpretados. En materia de inscripciones hay que irse con tiento y comentarlas con prudencia. M. de Lanoye sólo admite las frases completas, las aserciones claras. Es sabio, lo bastante no más para no ser novelista.

Su libro se divide en cuatro partes: *El Egipto antes de Ramsés.* — *Ramsés II.*—*Campañas de Ramsés.*—*Monumentos de Ramsés.* El gran Rey es la encarnación del Egipto poderoso y fuerte; resume los tiempos anteriores y anuncia los futuros.

Los orígenes de un pueblo dan casi siempre

ocasión á las inteligencias ingeniosas para aventurar hipótesis. A mi entender, no es posible hacer más que conjeturas más ó menos verosímiles. M. de Lanoye, que cree en la creación de una sola raza humana, la cual ha ido sufriendo las modificaciones que le han impuesto las épocas y el ambiente, parece que no se preocupa demasiado de los orígenes del pueblo egipcio; presenta las diferentes hipótesis que acerca del particular se han hecho, pero no crea ninguna nueva. Es de presumir que Egipto fué poblado, á intervalos, por bandas que fueron llegando del Norte y del Este. La nación, se fué lentamente formando de esta manera. Al principio se componía de industriales y de agricultores que vivían pacíficamente en aquella rica y fértil comarca. Los suelos fecundos han hecho á los grandes pueblos, y toda la historia está en el limo fértil que fija á los habitantes, ó en las movibles arenas que los hace viajar en demanda de la sombra del oasis. Así crece y se enriquece la nación; las civilizaciones se forman con el bienestar físico y con la paz del cuerpo. Cuando Ramsés nació, el Egipto, instruído y sano de cuerpo y de alma, estaba educado para

conquistar el mundo conocido. Es conveniente que las épocas guerreras vengan después de las épocas de comercio y de abundancia; el conquistador que nace entonces, no es ya un bárbaro que doblega el mundo bajo sus plantas, sino un capitán hábil é ingenioso, un político sabio y un hombre de arte y de buenas maneras. Ramsés *el Grande*, mil cuatrocientos años antes de Jesucristo, fué más bien un Carlomagno que un Atila.

Egipto, en aquella época, tenía ya todo el sabor original y extraño; se hallaba en el punto de exquisita madurez que tienen las naciones, cuando los elementos de los orígenes se funden en un solo todo; entonces hay eflorescencia, olor penetrante y esplendor particular. Ya lo he dicho, creo que no tenemos una idea clara de esa civilización egipcia, cuya originalidad, esplendor y delicadeza, nos complacemos en exagerar. He leído atentamente la larga narración que M. Lanoye hace de la consagración de Ramsés, tomada de los documentos conocidos, y en tal ceremonia he visto una comedia enfática, cuyo aparato escénico no vale seguramente lo que los de nuestras comedias de magia. El arte, dígase lo que se

quiera, era rudimentario, grosero; las alhajas y las telas que podemos ver en los marcos, distan mucho, como trabajos delicados, de la joyería y de los tejidos modernos. Comprendo que admiremos la habilidad, el ingenio y la paciencia de los obreros primitivos, porque éstos han creado sus artes y nosotros no hemos hecho más que aprovechar el trabajo de los siglos. Mas no me explico que caigamos en admiración al contemplar obras que los aprendices de nuestros tiempos no se permitirían hacer.

No quiero ser demasiado severo con los egipcios. Desde el fondo de las edades nos ofrecen el espectáculo grandioso de un pueblo transportando las montañas sin más ayuda que los brazos del hombre. Pero yo no quisiera que se exagerara la elegancia ni el refinamiento de su lujo. A mi entender, no eran bárbaros ricos y numerosos que hicieron uso de su fuerza y sus riquezas. El arte en que descollaron fué la escultura, la arquitectura; la nacionalidad egipcia, como todas las primitivas, halló su expresión en las estatuas y los monumentos. En éstos como en aquéllos, como dije á propósito del libro de Proudhon, el pueblo entero firmó las obras. La arquitectura y la escultura

fueron artes nacionales; expresión del alma de las creencias y de las costumbres de Egipto. Por eso, los cuatro mil años transcurridos no han podido borrar el particular y penetrante sabor que dan á este país aquellas moles de granito en las cuales se ha refugiado la vida de una nación que hoy está muerta. Aquellos mármoles, por rígidos y monstruosos que sean, viven; y viven, porque en determinado momento han sido el pensamiento de una multitud, la palabra de un pueblo. Alguien ha dicho que ciertas leyes hieráticas imponían formas reglamentarias á los obreros de aquel tiempo; creo que quien tal dijo no andaba descaminado, porque aquel estilo endeble y rígido debe haber sido hecho voluntariamente; algunos detalles son harto delicados para que podamos suponerlos de la ignorancia ó de la poca habilidad. La actitud seca de estos mármoles entra por mucho indudablemente en la extraña impresión que éstos nos causan hoy, pues los vemos graves y misteriosos, eternamente rígidos y mudos, y adivinamos en su silencio y en su continente altanero é impenetrable, una civilización muerta, una fe que ha desaparecido.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
FONDO
MONTERREY MEXICO

El Egipto filosófico y religioso, está aún más velado; es más desconocido. Como siempre, temo engañarme y no me atrevo á creer en aquellos sacerdotes egipcios, que en el silencio de sus templos habían encontrado, al decir de las gentes, el secreto de todas las cosas, y que han muerto llevando consigo la verdad. La verdad no se lleva consigo así como quiera. Quiero creer que hemos encontrado todas las verdades que los antiguos pueblos perdieron por el camino. Prefiero pensar que los símbolos de misterio, las esfinges y los jeroglíficos eran una simple maniobra sacerdotal; en los primeros tiempos, lo maravilloso, lo misterioso y lo solemne ha debido de ser un excelente medio de gobierno. Los francmasones son los descendientes directos de aquellos sacerdotes egipcios que se encerraban, sin duda para hacer creer que tenían algo que ocultar; los adeptos de entonces tendrían quizá alguna más fe que los de hoy, puesto que eran lo bastante sencillos para engañarse á sí mismos. Nadie ignora que los francmasones pretendían que el Egipto había sido su cuna, lo cual me hace suponer que la filosofía y las verdades perdidas de que hemos hablado eran

lisa y llanamente un dogma social y religioso más ó menos perfecto. Pero lo que es indudable es que el pueblo egipcio ha sido uno de los primeros en tener la noción de un Dios único y de la inmortalidad del alma. El modo de ser del pueblo ahogaba la alta noción, pero ésta existía para los sabios y los ricos, pues de este pueblo idólatra, que adoraba legumbres, dicen algunos libros que fué de donde tomaron los judíos su Jehová y su paraíso. La Biblia, en gran parte, ha debido de ser escrita en Egipto, ó por lo menos con ayuda de recuerdos tomados de allí. El Faraón de la Escritura, el que persiguió á los judíos y elevó á Moisés para mayor desdicha de su pueblo, no fué otro que Ramsés el Grande. La pequeña tribu se rebeló y fué desterrada; pero se expatrió llevándose las creencias, las costumbres y la civilización del país, y fué á crear en otra parte una nacionalidad hecha con los restos de esta civilización. Por eso nuestras modernas sociedades, en materia de filosofía religiosa, pertenecen aún á la nación que vivía á orillas del Nilo tres mil años ha.

Ramsés el Grande reinó como conquistador y como legislador. Sometió los pueblos veci-

nos y disciplinó el suyo. Durante el largo período de su reinado, sembró el territorio egipcio de construcciones gigantescas y murió cubierto de gloria y lleno de tristeza contemplando su gran obra que nadie había de continuar.

Yo no puedo seguir paso á paso la historia que M. de Lanoye hace del gran rey y que revela profundas investigaciones y un estudio detenido y concienzudo de los documentos. De la lectura de esta obra, no he podido sacar más que una impresión general y personal. He leído el libro que nos ocupa, creyendo encontrar en él una siquiera de las claves del embrollado enigma que nos presenta ese desierto silencioso y lleno de ruinas de ciudades mudas y misteriosas. Hoy, después de leerlo, no soy, seguramente, más sabio que ayer, pero he tenido la satisfacción de estudiar el problema con espíritu recto y justo que expone claramente el resultado de los trabajos modernos acerca del Egipto.

El Nilo se desliza tranquilamente en el silencio de las ruinas, y el murmullo de sus ondas que acaso nos cuenten la historia de lo pasado, todavía no ha sido comprendido. Hemos reconstruido como Dios nos ha dado á entender las ciudades arruinadas y hemos tratado

de llenar sus calles con muchedumbres muertas. Pero el resorte interior, el mecanismo secreto de ese pueblo, me parece que no lo hemos descubierto. En su historia hay lagunas, y el verdadero estado de su alma y de su corazón está envuelto en sombras. Hemos columbrado vagamente algo de su exterior, no podemos penetrar hasta su espíritu. Mas esa tierra, hecha con el polvo de una civilización, por misteriosa que aparezca con sus esfinges, cuyos labios están eternamente cerrados, será siempre una lección severa y profunda para las sociedades modernas que tan recio hablan de su eternidad. Aquella tierra les dice con su silencio: «Los pueblos, como los individuos, pasan sobre la tierra y el viento borra sus huellas; yo no he dejado ni aun el recuerdo de mi realidad, y cuanto de mí se sabe es una leyenda que narran mis ruinas.»

Como dice M. de Lanoye, para nosotros, pueblos modernos, el recuerdo de las antiguas sociedades despierta una idea de simpatía. Gozamos de sus trabajos y aprovechamos sus sufrimientos. No obraríamos bien si no nos arrodilláramos en el suelo de la gran necrópoli. Ramsés es el antepasado de Carlomagno y de Napoleón.